IV

Por la tarde, á las seis, Estéfana volvió de hacer las compras. Con el enorme cesto repleto de golosinas al hombro, á duras penas hubo de subir el caracol, que aquel día brillaba, limpísimo, en fuerza del terrible fregoteo á que lo sometiera. Poco antes, al llegar al descansillo del primer piso, encontróse con doña Manuela, que, con las antiparras montadas en la punta de la nariz, zurcía unos pingajos, mirando de rato en rato el patio de la vecindad, que tronaba á esa hora con el último trafagueo. Invariablemente, hallábase allí al atardecer, enterándose desde su cuchitril de los nimios sucesos que agitaban el caserón, deteniendo á las gentes que entraban ó salían, adulándolas con mimos y palabrejas dulzonas, ávida de chismorreo. Y como Estéfana tenía ciertas semejanzas de carácter con la cizañera, ambas veíanse como excelentes amigas, recibiendo regocijadas los ratos de palique, las charlas de vidas ajenas que sus encuentros les deparaban.

—¡Eh, querida Estéfana! ¿Adónde va usté tan cargada de cosas buenas?

La vió venir desde que entrara al zaguán, en el instante mismo en que había alzado la rugosa cara, chupándose el índice á causa de un pinchazo de la aguja. Después, cuando la cocinera ascendía los desgastados peldaños, arrastrando los pies, con la apergaminada faz bañada en sudor, le dirigió la melosa pregunta. Sonrió Estéfana, mostrando el canasto con guiños maliciosos.

—Ya lo sabe usté. Voy para arriba...

—Pero no corra. Espérese, querida. Sus charlas son como la miel... Un ratito, un ratito no más. No vale la pena de largar los espíritus.

Se detuvo. Dejó la cesta en el suelo; limpióse el fatigado rostro con el rojo pañuelo floreado; y cruzándose de brazos, escuchó.

—¿Conque hay comilona allá?

Estéfana se sorprendió. ¿Cómo lo sabía?

¡Señor! No era posible que acontecimientos de por sí raros en aquella morada, pasasen inadvertidos, máxime para personas que, como ella, sabían dónde penaban las ánimas del purgatorio. Lo adivinó desde la víspera, al notar la ausencia de su querida Estéfana en el corrillo del patio. Se decía que lavaba la escalera, y que en casa de doña Pepa emprendíase una obra de aseo general para recibir á las amistades. Además, la dependienta de la pastelería en la que compraba su *brioche* para el chocolate, le dijo que Antoñita Fernández había encargado un ciento de pasteles de lo mejorcito. Y don Patricio Mundiedo, el tendero del cual afirmaba la borracha indecente de doña Silveria que era un judío, confesó que con gran asombro suyo, Lena hubo de tomar á crédito cuatro botellas de rico tinto, dos de moscatel sabrosísimo y tres de Jerez. ¡Nueve! ¡Y de vinos legítimos! ¡Un Potosí! Por eso la noticia la aturdía. Para hacer gastos semejantes, de seguro que se trataba de algo gordo.

—Y diga usté, apreciable Estéfana — concluyó—: ¿son muchos los convidados?

Desde por la mañana, la idea de quiénes asistirían á la cena fin de siglo de las Fernández, le hacía cosquillas. Escudriñó semblantes, trajo á cuento conversaciones alusivas. Y todo sin resultado: las caras permanecían impenetrables, y á sus parloteos nadie respondía.

—Pues oiga usté; la mera verdad, á mí no me han dicho nada.

Doña Manuela, con los grises ojillos hundidos en la carnosidad de los párpados, miró de frente á la doméstica. Con los brazos colgantes, ó hurgando el delantal, ésta esquivaba la penetración de la ropavejera, entreteniéndose en pisotear con la punta del grueso zapato un pedazo de cacharro que yacía en el pavimento.

—Ande, ande, vida mía, no se haga la misteriosa...

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

Hoy por mí, mañana por usté, todas necesitamos unas de otras...

Mas no fuera á imaginarse que ella tenía empeño en saber tales músicas. ¡No; por María Santísima que no! A Dios gracias, no había nacido para curiosa. Se interesaba, sí, por la felicidad de las gentes amadas, y por esa razón siempre anduvo á caza de detalles. Por lo demás, podían estar ciertos de que no asomaría las narices por allí. No la atraían fiestas ni chacotas. Hacía presente, una vez más, su profundo afecto por la familia Fernández, de la cual adoraba á Antoñita. Lena también le simpatizó de meses atrás; doña Pepa era una señora modelo, muy religiosa, llena de fervor por Jesucristo y sus Santos Apóstoles; en cuanto á Alberto, reconocía que no obstante sus vicios, era un guapo mozo. A este propósito, recordó que en las Posadas hubo de invitarla á bailar un *two step*.

Sí, lo juraba. Quería entrañablemente á los Fernández, pero no concurriría á la cena. Pondríanle en grave aprieto, caso de invitarla. Que se comieran sus dulces y se bebiesen sus caldos en buena hora. Ella no aceptaría ningún convite, por insinuante que fuese. Estéfana, entretanto, parecía poseída de secreto enternecimiento. Adquiría la convicción de que doña Manuela merecía el calificativo de señora virtuosísima y henchida de bondad.

La vieja miraba al cielo por encima de las antiparras, entrelazadas las manos en actitud devota.

—¡Ah, no, Estéfana; bien sabe Dios que no soy yo de esas amigas falsas que gustan del jaleo! ¿Que hay un festejo en honor de Fulanita? Pues no concurro: celebro su dicha desde mi agujero, y amén. ¿Que se trata de un luto, de una desgracia? Allí estoy, la primera. Exigirme algo contrario á mis costumbres, sería imperdonable...—Y haciendo un gesto de honradez, añadió:—¿Verdad que es bonito pensar así?

—¡Ya lo creo! Pero se me figura que usted se sacrifica demasiado, sin otra compañía que la de ese animal —repuso la maritornes, señalando á *Matasiete*, el viejo gallo que picoteaba granos de maíz en el alféizar de la ventana.

—¡Qué le vamos á hacer!... En cambio otros sienten lo contrario. Allí están, por ejemplo, las Gómez, don Arsenio, don Eugenio y la libertina de Clarita, que irán esta noche... Porque están invitados, ¿verdad?

Cuando Estéfana se dió cuenta de la pregunta, la había contestado ya afirmativamente.

—Sí... sí... me parece que irán... Aunque, si no me equivoco, la niña Clara no ha sido convidada...

Doña Manuela se irguió. ¡El Señor las librara de meter en casa á semejante roñosa! Le constaba haberla visto en trapicheos nada limpios en las calles obscuras. Sentía cólera al oir hablar de la Ruiz, y si echaba pestes en su contra, no era porque la hubiese pillado en sospechosos lances. Hasta entonces no logró apoderarse de la vida privada de la chica, lo cual la exasperaba.

Estéfana cogió de nuevo el cesto. Antes de que marchara, la ropavejera renovó sus expresiones cariñosas para las Fernández.

—Dígales—gritó cuando la fregona desaparecía en lo alto de la escalera—que las felicito en el fin del siglo.

Al pisar los últimos peldaños, una racha de aire frío le heló el rostro. Encorvada, murmurando palabras bruscas, tosió, llevándose el rebozo á los labios. Lena lanzó una risotada al verle asomar la cara flacucha en la penumbra del caracol.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!

Canturreaba palmoteando. Sus mangas, remangadas hasta el codo, dejaban ver los morenos brazos enharinados; las faldas, prendidas con alfileres, no cubrían las piernas regordetas, oprimidas por negras medias. Lucía una dejadez provocativa, con su blusa desabrochada, su cuello incitante, sus crenchas apelotonadas en la nuca, sobre la que alborotaban ricillos rebeldes.

—¡Jesús, niña, si ya mero se desnudaba!—exclamó la criada, mirándola con duro ceño, por más que no le sorprendiesen tales abandonos.

Lena rió.

—¡Caramba! ¿Querías que me pusiera el *dominguero* para amasar harina?

Y seguía saltando delante de la vieja, á la cual prodigaba diminutivos como «viejecita mía», «abuela de mi alma», «carcoma adorable». Estéfana, contra su costumbre, sonreía al verse llamada así. Pero lo que hubo de sacarla de quicio fué lo de «carcoma». ¿Por qué burlarse de su ancianidad? Otras había menos bien parecidas que ella, y con montones de años en el espinazo.

Entraron en el comedor. Lena llamó á Antoñita, que cosía en la sala.

—¡Antoñitaaa! ¡Antoñitaa! ¡Ven!

No respondía. Ambas escuchaban el ruido acompasado de la máquina de coser, que no se detenía un momento, entonando siempre la canturria monótona y dulce. Al cabo, la mocita decidióse, y entró como tromba en las habitaciones, riendo, con su eterna risa de pilluela. Mas volvió luego; Antoñita hallábase muy atareada, y sólo ella y Estéfana podrían ocuparse de los preparativos de la cena. Examinó en seguida el contenido del cesto. Sobre la mesa puso un trozo de Gruyère, que exhalaba un olorcillo fétido, pero agradable; medio kilo de jamón, de tinte rosa veteado de blanco; gruesos salchichones brillantes de grasa, sobre los cuales aun se veían jirones de papel de estaño; pomos de *pickles* á través de cuyo cristal se columbraban pedazos de coliflor ennegrecidos por el vinagre, zanahorias pequeñas que habían perdido el amarillo claro que lucían en el mercado; pomos de mostaza, achatados, con sus etiquetas azules en idioma que ella no comprendía. Y le fué necesario introducir el brazo en la cesta para extraer dos lenguas ahumadas, muy blandas, que temblequeaban en sus manos. Agitó después la botella de aguardiente que encargara con objeto de preparar el ponche.

—Es Parras del bueno—afirmaba Estéfana, chasqueando los labios—. El mismo señor Mundiedo me dió una copita...

Sonreía, mostrando los dientes negruzcos, al acordarse de las galanterías del tendero. No era aficionada á juergas, mayormente cuando comprendía que se realizaban á costa de Antoñita. Pero ¡qué diablo! no le parecía mal echar una cana al aire para decir adiós al siglo. Y enarboló los panes dorados que la muchacha miraba con desconfianza, asegurando que no los había más ricos en parte alguna. Luego, sin transición, como si no pudiese disimular el móvil de su extremo regocijo, hábilmente fingido para halagar á la pequeña, alzó la angulosa testa, fijando en aquélla los grises ojos.

—Oye, niña—dijo tuteándola, como solía hacerlo con sus amos, á excepción de la costurera, en los ratos de esparcimiento ó tristeza, que la hacían olvidar que no eran éstos los chiquitines que había conocido—. ¡Si vieras lo que me han dicho!

La chiquilla no la oía, abstraída en alinear en el aparador las botellas de Jerez, que lanzaban pálidos destellos al ser acariciadas por la indecisa claridad de la tarde.

—Doña Manuela... La pobre... ¡Las quiere tanto á ustedes!... ¡A ti, sobre todo!

—Pero, mujer, dilo de una vez. ¿Qué deseas?

—No la invitaron, y sabe que habrá fiesta hoy.

Su voz cascada tenía inflexiones dulces, y entornaba los párpados, compungida, cual si oyera todavía el estribillo de la comadre.

—Ella tiene la culpa, por chismosa.

—¡Válgame, niña! ¿Cuándo supiste tú que murmurase del prójimo? Al contrario, alaba al mundo entero. Cuenta que eres preciosa...

—¡Cuidadito con los piropos!—gritó Lena, amenazándola con ademán infantil.

La vieja la miró maternalmente.

—¡Vaya!—suplicó—. ¿Me permites que la llame?

Lena simuló enojo. ¡Bonito iba á estar aquello con la bendita señora. Ya tenían para divertirse con las historias de doña Manuela. Mas, en fin, puesto que ella mostraba tal empeño, que la invitase... ¡Eso sí, con una condición! Estéfana no la reñiría en adelante. El rostro de la cocinera se iluminó; no esperaba semejante favor de la niña. ¡Buen gustazo se daría por la noche! Y saboreaba de antemano las delicias de los instantes de

charla que entablaría con su amiga al amor de la lumbre, mientras que afuera tiritaban de frío los personajes.

—Pero ¡qué atrocidad!—exclamó la moza de pronto—. ¡Llamar á doña Manuela cuando Clara vendrá también!

Estéfana quedóse estupefacta. ¡Cómo! ¿Aquella bribona pisaría el umbral de la puerta? Y se mordía los labios, encolerizada, no encontrando palabras que desahogaran su rabia.

Lena consideraba un triunfo el haber logrado de Antoñita que la hija de doña Silveria fuese parte integrante de la reunión. En el ánimo de su hermana cada día acrecentábase más la malevolencia hacia Clara Ruiz. Antoñita veía en ésta á la aventurera de quien todo puede temerse. El aire de misterio que la circundó desde un principio; su existencia ociosa, sus extravagancias, sus recursos ignorados, el ambiente, en fin, de que se rodeara, queriendo aparecer extraña en el vetusto caserón, no agradaron jamás á la modista, que observaba el estrechamiento cada día mayor de las relaciones de Lena con la Ruiz; los nuevos hábitos imbuídos en la chiquilla maliciosa, que ella creía, sin embargo, inocente; los asomos de erotismo que empezaban á manifestarse en sus acciones pueriles. Meses antes, al iniciarse la amistad que tanto la contrariaba, opuso una débil resistencia, procurando interesar á su madre en el asunto. En la ternura de Lena por la desconocida, presentía un peligro. Mas ya fuera que doña Pepa, que comenzaba á entregarse á la religión, no pensara igual que su hija, ya que, dado su genio indiferente, hiciese poquísimo caso de tan reiteradas advertencias, no impidió el desarrollo de tales relaciones, sino que, por el contrario, hubo de fomentarlas. Era justo—decía—que la pobre niña se distrajera. Si no se le proporcionaban paseos ni se le permitía salir más allá del zaguán, ¿por qué oponerse á que tuviese una amiga?

Pasaron los días. Antoñita, vencida, cedió á los mimos de la mocetona. No obstante, cuando Lena le suplicó que dejase venir á casa á Clara, no consintió en ello. Apenas si la saludaba, y varias veces, durante la

comida, indignóse hasta las lágrimas al insinuar doña Pepa la idea de una visita á la viuda del coronel.

La víspera, al regresar aquélla de la Santa Veracruz, hizo á la mayor de las niñas una proposición que la muchacha aceptó resignada, pero con la tristeza en los ojos.

Tratábase nada menos que del padre Morales. El digno sacerdote, ansioso de contemplar á sus anchas la agonía del siglo XIX, habíase lamentado en la sacristía, delante de algunas devotas, de la dificultad de realizar tan ferviente anhelo, por razón de que sus achaques le impedían pasarse una noche de claro en claro en la vetusta torre, solitario y en silencio. ¡Ah! los años... Le pesaban bastante á esas fechas... Y sonreía, con sonrisa de mártir, mesándose los pelos lacios, en los cuales brillaban algunas canas... ¡Sería tan bello atisbar el fin de ese siglo que llamaban de las luces y él calificó en innúmeras ocasiones de impío!

Las señoras se miraban consternadas. El venerable padre, honra y prez de sagrados oradores, quería, sin duda, anatematizar al siglo. ¡Y era imposible! ¿Por qué? ¡Por algo bien sencillo! Por carecer de una morada alta.

—¡Dios mío!—exclamó al percatarse del interés que su deseo despertaba—; ¡si la cosa no vale la pena! Ha sido una pequeñez, y nada más... Prevengo á ustedes, mis queridas señoras, que no aceptaré ningún convite... ¡Bastante tienen ustedes con sus esposos y pequeños hijos, para ocuparse de mí!

Y bajaba los ojos candoroso. Mas al observar que las damas cuchicheaban, discutiendo quedo, como si temieran herir su discreta susceptibilidad, tronó alzando la voz. ¡No, por María Santísima, le darían una seria desazón al obstinarse en hacer caso de sus futesas! El, siervo de Dios, allí estaba, no para placeres, sino para postrarse ante el altar, rogando por los pecadores.

Fué una conquista lenta. Las viejas, encabezadas por doña Pepa, le persuadieron de la virtud de sus intenciones. El decía que no con la cabeza, citando ejemplos de santos que habían extinguido su mísera existencia en la obscuridad de las cavernas. ¡Ya podían

desgañitarse, que no conseguirían su empeño! Entonces, sudorosa, armada de místico valor, la horda beata le recordó que el siglo futuro necesitaba de bendiciones y plegarias. Justo era evitar, por medio de la oración, que en el porvenir apærecieran aquellos anarquistas de los cuales hablaba él tanto.

—¡Ah, sí—rugió el cura—; urge impedirlo, sí, urge! ¡Se hundiría la tierra, sobrevendría el juicio final, en cuanto asomaran su repugnante faz en el mundo los impíos como Voltaire, Spencer ó Zola!

Fué un arranque lírico, muy común en él. Las viejas sonreían, asombradas de tamaña enjundia, y cuando terminó, gritaron todas á coro:

—Luego, ¿por qué no quiere usted ir?

—¿Adónde? ¡estoy dispuesto!

Doña Pepa adelantóse, y dulcemente le hizo la invitación. Le esperaba en casa, allí, á un paso, al día siguiente por la noche.

Antoñita, sorprendida, accedió, sin vacilación casi, á las instancias de su madre. La turbaban en su soledad; pero ¡la pobre madre era tan buena, que bien valía la pena de ser amable! Además, Lena se encargaría de todo. Estaba como unas pascuas al enterarse de la fiesta. Habló de hacer los pastelillos famosos, y acto continuo insinuó sus deseos de traer á Clarita. Merced á sus gracias, á sus caricias seductoras de chiquilla, hubo de domeñar la renuencia de su primogénita, ayudada, por supuesto, de Alberto, á quien no disgustaba la moza de abajo.

¡Y ahora quería Estéfana que viniese Manuela! No; imposible. Y meditaba mientras que la maritornes, con los amarillentos ojos chispeantes, hablaba de no meterse en cosa alguna, caso de que la buena señora sufriera un desaire.

—Bueno; ¿qué resuelve usté por fin?

—Pues que venga, ¡qué caray! Te la guardas allí, en tu cocina, para ti sola, y asunto concluído.

Y entonó de nuevo su canción, en tanto que la vieja, regocijadísima, entraba en la cocina, dispuesta á fregar los trastos como lo hacía en sus quince.

En la sala, el sol había desaparecido ya, hundiéndose en el poniente, seguido por las miradas dulces de Antoñita. Del lívido crepúsculo apenas si restaban manchas de claridad esparcidas en el cielo, que abrillantaban los nubarrones grises amontonados por la tempestad de la noche anterior. En el horizonte, más allá del mar de azoteas negruzcas por la humedad, de las cuales se destacaba la blancura de las ropas puestas á secar, extendíase delgada franja de luz de amarillo sucio. El airecillo suave que soplaba, barría lentamente el espacio, y el cielo, antes nuboso, adquiría de nuevo su tinte azul. El ambiente del cuarto tornábase helado. Antoñita, estremecida por las oleadas de viento que entraban por la ventana, no se detenía en su tarea. Trabajaba de prisa. La fiesta cercana robaríale algunas horas, que era preciso recobrar, apresurándose. A veces, embebida en su labor, entreabría los labios, dando paso á su vieja tonadilla, que parecía revolotear, jugueteando en el taller oloroso á juventud con su ramo de flores colocado en el jarrón de porcelana, encima de la mesa.

Con las últimas palideces del otoño se habían marchado sus ilusiones. Su amor, por tanto tiempo acariciado, aquel amor que naciera cuando ensoñaba al borde de la fuente, escuchando el lento gotear del agua á lo largo de las paredes musgosas, tenía ahora el encanto triste de lo lejano, de lo irrealizable, de lo que no puede esperarse. Dormido durante meses, surgió en su alma más bello, más fuerte, cuando Eugenio Linares, huérfano, tornó á su cuarto bohemio. Despertó al calor de la mano de él, al encontrarse los dos allí, en la puerta, aquella mañana de Octubre; le sintió palpitar enardecido por la esperanza. ¿Cómo creer que era indiferente, si abandonando el pueblo corría en pos de ella?

Y esperó, esperó muchas horas, muchos días...

Pasó el otoño. En los tiestos, los claveles se marchitaron. Los crepúsculos eran más tristes. Le veía de vez en cuando. Iba de visita, ruboroso, tímido, con los ojos bajos, hablando de la escasez de empleos y de la cortedad de los sueldos. Sus recursos se agotaban y pasaba la semana de puerta en puerta, interrogando, suplicando.

En la Alameda cayeron las primeras hojas. Era Diciembre, que entraba envuelto en su peplo de nieblas. Y como un año antes, la resignación la poseyó. Embebíase en el trabajo; se aislaba en la soledad del cuartito, junto á su máquina, sin murmurar palabra, sonriendo, con sonrisa que tenía su poquitín de amargura.

Lena, en cuanto se anunció la cena, dijo riendo:

—No seas tonta. Una tertulia puede acarrearte beneficios... ¡Ya ves! Esos malditos hombres necesitan del trajín y del ruido para desembuchar. ¿Te parece que invitemos á Eugenio?

Antoñita la besó en la frente, sin responder.

Momentos después, Estéfana dejaba en el cuarto de Linares una tarjeta escrita por la morena con caracteres gruesos, casi ilegibles, que decía: «Señor mío y mal amigo: ¿quiere usted subir mañana por la noche? Habrá pastelillos de los que le gustan y buenas tajadas de jamón.—*Magdalena.*»

¿Vendría?

La enamorada moza hacíase esta pregunta, dando las últimas puntadas. En la salita penetraba la sombra, una sombra transparente, azulada, sobre la cual cabrilleaba dorado polvillo de luz. Se levantó, desperezándose, bostezando, y á través de las lágrimas de tedio que empañaban sus pupilas, miró hacia afuera. Un inmenso fulgor blanco cubría á México. Oleadas luminosas ascendían en la apacible calma del cielo, terso como un jirón de seda sobre el cual parpadeaban los astros con brillo tembloroso. De las anchas avenidas, del cercano parque, de los patios que ante ella se dilataban, semejantes á negros agujeros, surgía un rumor confuso: eran risotadas, gritos, charloteos que arrebataba el viento; la alegría precursora del holgorio, la prematura embriaguez de las muchedumbres que despedían al siglo, imaginando un futuro dichoso al presenciar el nacimiento de otra centuria.

Cuando resonaron en la estrecha escalera los pasos de los primeros invitados, doña Pepa, seguida de Alberto y Antoñita, salió á recibirles. Enfundada en su vestido de lana negro, con el cabello entrecano cuidadosamente

peinado, luciendo las religiosas medallas en el pecho, no cabía en sí de puro gozo. Avanzó, muy seria, con menudo paso, al ver que en el último peldaño, apenas iluminado por la luz incierta del farol, insinuábanse las delgadas siluetas de las señoritas Gómez.

—¡Oh! cuánto bueno por aquí... ¿Están ustedes bien?...

Se creía dichosa con la visita de las hijas del socarrón de don Hilario, pues desde el tiempo de las Posadas no transpusieron el umbral de la puerta. Decían atrocidades de la familia Fernández á todo el que tenía la paciencia de oirlas, cifrando su orgullo en no dar los buenos días á la indecente costurera y á su hermana. Lo cual no obstó para que aceptasen la cena.

—¡Cuánto gusto!—repetía doña Pepa, saludándolas—. ¿Y los queridos papás, no vienen?

El vozarrón de doña Luisa se escuchó.

—¡Hilario! Mira que estamos en casa ajena...

Dibujóse un corpachón en la penumbra. Venía doña Luisa fatigadísima, con las blandas mejillas cubiertas de sudor, palpitante el seno. Tras ella, adivinábase, más bien que se veía, el cuerpecillo enclenque de don Hilario, que sonreía malicioso, saboreando aún los pellizcos que propinara á su cara mitad en lo más mullido de las caderas.

Entraron en la sala.

El viejo se interesó por Lena. ¿En dónde se había metido? Y al enterarse de que hacía en aquel instante los famosos pastelillos, se deshizo en elogios. ¡Oh! era una preciosa muchacha; él hubiera querido verla todos los días desde el invierno anterior. Pero las penosas dificultades... Un gesto furibundo de doña Luisa le impidió seguir. Ya que la amistad unía de nuevo con sus sagrados lazos á las dos familias, ¿para qué traer recuerdos odiosos? Lo pasado, pasado, ¿verdad? Y hecha tal declaración, hija de su franqueza proverbial, la mofletuda señora acomodóse en un rincón del sofá, que crujía.

Don Hilario invitó á fumar un cigarro á Alberto, y ambos salieron á la puerta.

—Joven amigo—decía—; tengo por costumbre, y de